**Lecciones de Filosofía Marxista Leninista**

**2.1.3 Fuentes teóricas**

El marxismo leninismo (como posteriormente comienza a denominarse esta doctrina) que deviene concepción científica del mundo e ideología de la clase obrera, surge como resultado de determinadas condiciones y necesidades sociales, a la vez que como producto de lo mejor de la cultura humana.

Para comprender mejor su significación es preciso analizar los antecedentes que, en diversos planos, condicionan el surgimiento de esta nueva concepción del mundo.

Hay que valorar los antecedentes socioeconómicos, las premisas científico-naturales y teóricas que condicionaron la revolución operada por Marx y Engels en el desarrollo de la Filosofía así como la labor creadora de Lenin y otros seguidores del marxismo para entender plenamente su esencia.

Además de las premisas anteriormente señaladas, la Filosofía del Marxismo crece en el terreno abonado por una serie de estudios económico sociales y filosóficos que habían logrado ir profundizando en el reflejo más o menos adecuado de algunos aspectos y facetas del desarrollo de la realidad social.

De ahí que, para comprender en toda su dimensión el significado que tuvo el surgimiento de esta filosofía, sea preciso valorar tanto los aciertos como las limitaciones de estas fuerzas teóricas en las que bebieron los clásicos del marxismo, y con respecto a las cuales adoptaron una posición tanto de continuidad como de ruptura.

Las fuentes teóricas fundamentales, aunque no las únicas, que posibilitaron la creación de la filosofía del marxismo, fueron la economía política clásica inglesa, el socialismo utópico francés e inglés y la filosofía clásica alemana.

La economía política clásica inglesa de fines del Siglo XVIII y comienzos del XIX encuentra, entre sus principales representantes a Adam Smith (1723-1790) y David Ricardo (1772-1823).

A diferencia de sus predecesores, para quienes el valor de las mercancías estaba dado por la correlación entre la oferta y la demanda en el mercado, por la cantidad de dinero en circulación que existiese en cada momento, o por las propiedades utilitarias que caracterizaban a una u otra mercancía; los economistas clásicos ingleses fundamentaron el vínculo necesario existente entre el valor y el trabajo invertido en su producción.

Además de la importancia para el conocimiento económico de esta tesis, desde el punto de vista social, las ideas de los economistas ingleses contribuyeron a destacar el papel decisivo del trabajo y, en particular el del obrero asalariado, en la creación de las riquezas y bienes de la sociedad, lo que se contraponía a la situación real objetiva de esta clase desposeída y cruelmente explotada en la sociedad capitalista.

No obstante, a tales conclusiones no podía arribar esta economía política clásica, lo cual se encuentra íntimamente unido a sus limitaciones fundamentales. Entre ellas se encuentra la imposibilidad de ver en el cambio de una mercancía por otra no sólo determinadas relaciones entre objetos, sino, ante todo, relaciones entre personas; su teoría del valor no pudo adquirir una argumentación completamente científica, pues a pesar de establecer su vínculo con el trabajo, no logró descifrar que en realidad el valor producido1 por el obrero es mayor que el que el capitalista le reconoce y recompensa mediante el salario y de cuya diferencia se apropia en forma de plusvalía, limitación que a su vez la no comprensión de la relación contradictoria entre valor y valor de uso encerrada en la mercancía como manifestación del doble carácter del trabajo que la produce: el trabajo abstracto y el concreto; además de la defensa del régimen capitalista de producción, al cual consideraban como eterno e inmutable y como el más justo y racional que existir. De aquí que objetivamente sus teorías económicas facilitaran el mantenimiento de las relaciones sociales burguesas, encubrieran su carácter antagónico e históricamente condicionado, y no llegaran a establecer el vínculo esencial existente en estas condiciones entre el valor y la producción de la plusvalía.

En fin, la economía política clásica inglesa, por un lado logró explicar algunos aspectos de la actividad económica de la sociedad capitalista (expresando las condiciones y nivel de desarrollo de Inglaterra como país capitalista más avanzado de aquella época), por lo que sirvió de punto de partida a los fundadores del marxismo para elaborar una teoría del valor auténticamente científica; y por otro lado, en virtud de sus posiciones socio clasistas y teóricas no llegó a ofrecer una visión sistémica consecuentemente científica acerca del mecanismo económico del capitalismo (ó).

A partir de la economía política inglesa clásica fue posible elaborar una explicación científica de las leyes económico sociales del funcionamiento y desarrollo del capitalismo, que tuvo como eje central la elaboración de la teoría de la plusvalía, que junto a la concepción materialista de la historia constituyen los dos aportes más importantes del marxismo a ala ciencia y contribuyó decisivamente al surgimiento de la nueva concepción filosófica del mundo creada por ellos.

Otra importante fuente teórica del surgimiento de la filosofía del marxismo lo fue el socialismo utópico.

Las ideas socialistas utópicas, teniendo como antecedentes sus puntos de contacto con el capitalismo primitivo, el mundo oriental y, en particular, las propuestas en el Siglo XVI de T. Moro (1478-1535) en Inglaterra y de G. Campanella (1538-1539) en Italia, alcanzaron una nueva etapa de desenvolvimiento en el Siglo XIX con las figuras de los franceses Saint-Simon (17ó0-1825) y Charles Fourier (1772-1837), junto al inglés Robert Owen (1771-1858).

Estas ideas socialistas fueron, ante todo, una reacción frente a las contradicciones que se evidenciaron entre las promesas de bienestar y libertad proclamadas por las revoluciones burguesas, y sus realizaciones efectivas, muy distantes de las primeras.

El socialismo utópico realizó una crítica al régimen capitalista y su carácter explotador basado en la propiedad privada. Planteaba la necesidad de su sustitución por otro, basado en la propiedad y el trabajo colectivo de todos los integrantes de la sociedad como única vía para garantizar el pleno bienestar y desarrollo de todos los hombres. Estas concepciones utópicas le prestaban gran atención a la importancia que tenía garantizar en la nueva sociedad un desenvolvimiento pleno y multilateral de todos los individuos, colocando a los valores del humanismo en un lugar de primer orden para poder lograr los objetivos propuestos por el avance de la sociedad hacia etapas superiores. De esta forma se presentó, de manera más o menos fundamentada, un nuevo proyecto de sociedad a edificar como alternativa y escalón superior en relación con el sistema capitalista.

No obstante, tales ideas socialistas adolecían de un profundo carácter utópico, debido a los modos en que se proponían alcanzar los objetivos deseados. Estos pensadores consideraban que el nuevo régimen debía establecerse través del convencimiento de los ricos y poderosos para que compartieran por igual sus riquezas y abandonaran privilegios de todo tipo. Ocupaba un lugar importante para viabilizar tales fines la educación, la colaboración entre las clases y la perfección moral de los ciudadanos. Así el socialista utópico cubano Diego Vicente Tejera llegaba reconocer que el sistema de sociedad que proponía era "eminentemente moralizador" (7), pues apelaba a la conciencia de los ricos para mejorar las condiciones de los pobres en lugar de la violencia revolucionaria.

De esta forma, no se tenía en cuenta el papel decisivo de la lucha de clases como vía imprescindible para despojar a los opresores de sus prerrogativas económicas y políticas. Al no saber explicar la esencia misma de las relaciones económicas de explotación burguesas, y pretender emancipar de una vez por todas a la humanidad, sin descubrir en el proletariado a la fuerza social capaz de realizar tales transformaciones por su situación objetiva en la sociedad, los experimentos de colonias socialistas, modelos que temporalmente establecieron, fueron condenados irremisiblemente al fracaso y a su desaparición.

El carácter utópico de estas ideas socialistas se vincula estrechamente a las condiciones aún poco desarrolladas del modo de producción capitalista y de la clase obrera que le acompañaba, lo que hacía irrealizables y no viables los esfuerzos de materialización de tales ideas. Como acertadamente consideraba F. Engels: "A la inmadurez de la producción capitalista y del proletariado como clase, correspondía la inmadurez de sus teorías. La solución de las tareas sociales, oculta todavía en las relaciones económicas no desarrolladas, hubo de ser extraída de la cabeza.... Estos nuevos sistemas sociales nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más minuciosa fuera su elaboración, más tenían que degenerar en puras fantasías" (8).

En resumen, el proyecto socialista de sociedad propuesto por estos pensadores había que asentarlo sobre bases sólidas, para superar el carácter utópico del mismo, lo que influía negativamente en el avance del movimiento obrero y en la toma de conciencia por parte del proletariado, ya que la única salida correcta para transformar al socialismo en ciencia, era situarlo en el terreno de la realidad (9), aunque esto no significa abandonar ni mucho menos las motivaciones éticas de toda la tradición socialista, pues como señalaba uno de los precursores del marxismo en América Latina, el chileno Luis Emilio Recabarren: "El socialismo no sólo acude a la ciencia, sino también al sentimiento. La ciencia es la comprobación matemática de nuestra razón, de la razón de ser de la doctrina socialista. El sentimiento es la razón moral" (10)

Especial relevancia tiene la filosofía clásica alemana como fuente teórica del surgimiento de la filosofía del marxismo. Por ello, se hace necesario detenerse en detalle en su análisis.

Enmanuel Kant (1724-1804) inicia a mediados del siglo XVIII esta corriente del pensamiento filosófico, que cierra una etapa en la filosofía moderna burguesa y abre un nuevo período cualitativamente superior por sus interrogantes y respuestas.

Kant denomina al mundo de las cosas que existen fuera del hombre y de su conciencia individual "cosas en sí" las que, al influir sobre nuestros sentidos, provocan el conocimiento no de ellas mismas en cuanto tales, sino tal como estas "cosas en sí" aparecen y son expresadas sensiblemente. De ahí que, según su criterio, la "cosa en sí" sea incognoscible, sólo se pueden conocer los fenómenos dados a los sentidos, con lo que se instituye la existencia de dos mundos separados, base de su dualismo. La dificultad de este enfoque no consiste en reconocer la existencia de las "cosas en sí", sino en considerarlas no posibles de conocer en principio y no reconocer el proceso real, completamente natural y cotidiano (como dijera Lenin) de su transformación en "cosas para nosotros" a través de la práctica y del conocimiento.

No obstante, Kant admite el avance de los conocimientos empíricos y subraya la importancia de que el conocimiento racional del hombre se base en la experiencia para evitar equivocaciones, con lo que se reconoce el fundamento sensible de todo conocimiento. Por ello, su agnosticismo se refiere no a la imposibilidad de conocer en general la realidad, sino a no poderla conocer completamente, debido a las fronteras de principios que se establecen con la "cosa en sí". A ello se vincula estrechamente su comprensión subjetivista de esta última.

El aporte principal de Kant al desarrollo de la filosofía reside en profundizar y argumentar, desde sus posiciones filosóficas, la diferencia entre las formas del pensamiento y las formas del movimiento de las cosas objetivas (denominadas por él como mundo fenoménico), contribuía así a dar un paso más en la delimitación de la peculiaridad cualitativa de ambas. Kant destaca, y exagera, el papel activo de estas formas o modo en que existe y se desarrolla el pensamiento.

Las formas del pensamiento fundamentales para él son las categorías, con lo que sienta las bases del estudio de las leyes de lo subjetivo y de su nexo con lo objetivo, cuestión retomada posteriormente por la filosofía del marxismo en función del esclarecimiento adecuado de la especificidad misma del conocimiento filosófico y del estudio de la relación del pensamiento con el ser como problemática filosófica fundamental.

Kant diferenciaba las formas del pensamiento de las de la realidad objetiva, pero su error no consistió en eso sino en establecer una separación abismal entre ellas, considerando que las primeras eran formas a priori, (es decir, previas e independientes de cualquier experiencia), lo que lo condujo necesariamente al subjetivismo, olvidaba así el carácter objetivo del contenido de las formas en el pensamiento como expresión de las propias formas de la realidad objetiva. Un mérito significativo de Kant consistió en enfrentar la comprensión tradicional de la dialéctica y de las contradicciones y considerarlas como elementos necesarios del movimiento del pensamiento teórico. No obstante, en el carácter antinómico y polar de las categorías Kant ve un obstáculo para la elaboración de un cuadro único del mundo científicamente fundamentado y rechaza la posibilidad de su elaboración (obviando así los contornos históricamente condicionados en que éste puede construirse y realmente se conforman). Como alternativa, plantea la necesidad de elaborar para cada objeto dos teorías opuestas del mismo, igualmente válidas y sólo validables por los rasgos del individuo que las elige, con lo que muestra las consecuencias de las insuficiencias en su comprensión de la práctica reducida sólo a la conciencia moral y despojada de sus rasgos universales.

Kant, aunque se pronunciaba en contra de las pruebas 1ógicas" de la existencia de Dios y consideraba que la religión se basaba en la moral y no a la inversa (muestra de su antiteologismo), promulgaba la necesidad de la fe en Dios, como condición de la conducta moral de los hombres. Sus criterios sobre la libertad y la igualdad de los individuos en la sociedad estaban permeados por la defensa de los intereses dominantes de la burguesía de la época, promulgando la preponderancia del poder existente sobre la sociedad y la necesidad de la adecuación de la conducta de los ciudadanos a un ordenamiento jurídico fundamentado en el respeto a la propiedad privada.

De aquí el carácter contradictorio de su sistema filosófico, que pretendía unir al materialismo y al idealismo, al agnosticismo y al conocimiento del mundo sensible; no obstante, sus ideas constituyen punto de referencia para una concepción filosófica más integral del mundo.

El principal representante de la filosofía clásica alemana que ejerció una influencia decisiva en el surgimiento de la filosofía del marxismo fue Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831).

En Hegel toda la historia precedente de la dialéctica aparece resumida, alcanzando con é1 su forma más desarrollada. Por primera vez, todo el mundo natural, social y del pensamiento es considerado como un proceso. De aquí que la historia de la humanidad dejase de ser considerada como un caos arbitrario y fuese concebida como un proceso de desarrollo en el que existen y es posible descubrir ciertas leyes de organización y funcionamiento.

El gran acierto de Hegel consistió en transformar las leyes, regularidades, esquemas de la actividad humana en objeto de esa misma actividad. No obstante, invierte la relación entre ambas. Por ello, este acierto constituye a la vez, aunque resulte paradójico, su gran error pues, por un lado, descubre las formas y leyes universales del desarrollo, pero las interpreta como leyes de un pensamiento con mayúscula, resultado de la acción de lo que él denomina la Idea Absoluta, en tanto sustancia y fuerza generadora de todo lo existente, núcleo mismo de su concepción idealista. Tal comprensión se basa en el esquema según el cual la Idea Absoluta se plasma inicialmente fuera de sí en la naturaleza y, posteriormente, en un momento del desarrollo de ésta en la sociedad.

La aparición del hombre y su capacidad de pensar significa el reencuentro de este pensamiento en la figura del hombre con el Pensamiento con mayúscula, que es su origen primigenio, lo cual se realiza con ayuda de la práctica en el mundo de la naturaleza transformada por el hombre. La actividad práctica, en relación con el pensamiento funciona sólo como su comprobación y no es concebida como causa y fundamento de éste.

Valorando objetivamente la verdadera significación y el carácter revolucionario de la filosofía hegeliana, hay que señalar que éste se pronunciaba debidamente contra el carácter definitivo de todos los resultados del pensamiento y de la acción del hombre, en virtud de su profundo espíritu dialéctico. El propio Hegel no era consciente de ello, ni planteó de este modo los fines de su actividad filosófica, lo que se expresó en la contradicción entre el método dialéctico empleado para construir su sistema filosófico y la forma y el contenido eminentemente idealista del mismo: por un lado, el carácter relativo y cambiante de toda la realidad y su reflejo, y por otro, la defensa de la necesidad de arribar a una verdad absoluta representada por su filosofía y por el Estado de su época, al que representaba.

Tal hecho condicionaba la necesidad de suprimir esta filosofía en el sentido en que ella misma lo empleaba, es decir, reelaborar críticamente su forma, salvando el nuevo contenido logrado por ella desde posiciones materialistas consecuentes, lo cual representaba el fin no de toda filosofía, sino de la filosofía especulativa precedente.

El mérito fundamental de la filosofía hegeliana consistió, en la restitución de la dialéctica como forma suprema de pensamiento. La tarea realizada por Hegel, de agotar las posibilidades de elaborar esta concepción dialéctica de la realidad y de su conocimiento sobre las bases del idealismo, fue expresión, a la vez, de su grandeza y de su limitación.

El estudio de la realidad sólo era abordado por esta filosofía para confirmar los esquemas y categorías universales de su sistema. Con ello, como dijera Marx, "el asunto de la 1ógica (su sistema filosófico idealista dialéctico) ocultaba "la lógica del asunto" (el reflejo fiel de las leyes universales del desarrollo) .

De esta manera, la dialéctica en manos de Hegel funcionó como una apología de todo lo existente (lo que expresaba además sus posiciones de clase), y en vez de revolucionaria se convertía en conservadora. En fin, la dialéctica hegeliana se transformaba en su contrario: en metafísica negadora del desarrollo contradictorio de la realidad para su presente y su futuro.

Todo esto se vincula a la reducción por Hegel de la práctica sólo a actividad espiritual, considerándola como propiedad o predicado del pensamiento, con lo que se suprime la posibilidad de explicar qué es el propio pensamiento y por qué surge, tomándosele acríticamente como previamente existente.

La concepción dialéctica de Hegel hace que su filosofía, en muchos casos, se llene de contenido real, reproduzca acertadamente determinados aspectos y procesos de la realidad, pero su sistema idealista y sus posiciones ideológico-clasistas le impiden desarrollar consecuentemente tales cuestiones. Era necesario extraer el grano racional de esta concepción y desechar su envoltura idealista.

Precisamente, como rechazo y vía de superación de la filosofía hegeliana, surgió el materialismo de Ludwig Feuerbach (1804-1872), el cual también sirvió de fundamento importante para la nueva concepción del mundo.

Este considera que, al Hegel plantearse la relación entre el ser general y el pensamiento en general, supone que el pensamiento existe fuera del hombre e independiente del ser, lo cual constituye un modo inadecuado de enfocar la cuestión.

Según Feuerbach, si el ser es entendido como el mundo material de la naturaleza y del hombre, entonces ya en él se incluye al pensamiento. De ahí que le critique a Hegel el que éste le sustraiga al ser una de sus propiedades fundamentales: la de pensar, lo cual implica una comprensión imperfecta del ser.

Feuerbach se plantea entonces el problema de sí es posible separar al pensamiento del hombre, para estudiarlo independientemente, considerando que ello no es correcto, en tanto el pensamiento sólo se puede entender adecuadamente en cuanto función activa del cerebro del hombre.

Contraponiéndose al idealismo hegeliano y a su método de partir de la abstracción de la separación entre el ser y el pensar para llegar a la realidad, Feuerbach considera que el materialismo defendido por él debe partir del hecho real del hombre pensante, para llegar a la abstracción de separar al pensamiento y al ser para su estudio.

Frente al idealismo de Hegel y a su visión acrítica del pensamiento, Feuerbach plantea que si el pensamiento es resultado de una actividad material, realizado por un órgano material y dirigido hacia la transformación de objetos materiales entonces, concluye, sus productos se corresponden con la realidad material, con las cosas fuera del pensamiento, sin necesidad de ninguna Idea Absoluta. Por lo tanto, no existen dos mundos diferentes ya que piensa y actúa el mismo sujeto: el individuo humano. Sobre tal análisis se asienta el materialismo feuerbachiano.

Este materialismo, no obstante, se ve acompañado por una serie de limitaciones, como es, ante todo, la concepción metafísica, en especial mecanicista, sobre la que descansa; evidenciada en el propio desinterés por el problema del desarrollo y de la concatenación universal de los fenómenos y en el enfoque ahistórico del hombre y de su actividad. Mientras que Feuerbach se mantiene en las posiciones del materialismo al analizar los fenómenos de la naturaleza, al trasladarse al estudio de la sociedad aflora en él una evidente concepción idealista de la historia, que hace completamente inconsecuentes sus posiciones materialistas de partida.

Ello hace que considere al hombre como sujeto pasivo, como ser biológico natural y abstracto, fuera de sus relaciones sociales, lo que evidencia el carácter antropológico de su materialismo y no comprenda plenamente el papel de la práctica como actividad transformadora.

Según Feuerbach, el mundo con que se relaciona el hombre es la naturaleza, sin percatarse de que, en realidad, se trata de una naturaleza transformada, humanizada, socializada por la propia actividad práctica y, en primer lugar, productiva de los hombres.

Un rasgo significativo del materialismo de Feuerbach es su acertada crítica a la religión, como muestra de un ateísmo peculiar que considera que los dioses han sido creados por los hombres en correspondencia con sus condiciones de vida.

En contradicción con lo anterior, Feuerbach considera que la religión debe expresar no la adoración a un Dios, sino una relación fraternal entre los hombres, basada en el papel del amor como sentimiento, por lo que su filosofía se convierte en la fundamentación de esta nueva religión del amor.

Concibe las diferentes épocas históricas y sus transformaciones por los cambios religiosos, a la vez que para él la moral está llamada a ocupar un lugar determinante en la sociedad, concibiéndola como un fenómeno ahistórico y sin fundamento material ni clasista alguno.

De aquí que la filosofía de Feuerbach fuese un materialismo que no lograr ser completamente consecuente, una crítica a la filosofía especulativa que no llega a superar definitivamente la contemplación. Su materialismo antropológico no superó al idealismo dialéctico de Hegel, sólo lo echó a un lado sin ofrecer una solución positiva consecuente con el materialismo (11) .

Por todos estos elementos, se puede admitir que con L. Feuerbach la filosofía clásica alemana llegaba a su fin, en tanto el propio conocimiento filosófico se empantanaba en e! mismo marco de sus preguntas y respuestas, sin lograr romper decididamente con las limitaciones que le antecedieron.

Estas fuentes teóricas constituyen, en última instancia, una expresión de las condiciones sociales existentes en que el capitalismo elabora en el plano ideológico su programa frente al feudalismo y por su propia consolidación, en que muestra (a la vez) su superioridad y sus inconsecuencias.

En resumen, tanto las condiciones socioeconómicas y políticas de la nueva época, los grandiosos adelantos ocurridos en el campo de las ciencias naturales, así como las premisas que en el plano de los conocimientos económicos, sociales y filosóficos habían madurado, no, sólo creaban la posibilidad sino que también exigían la necesidad de operar una profunda revolución teórica e ideológica en el modo de concebir a la filosofía y sus funciones. Ello ocurrió con el surgimiento de la filosofía del marxismo a partir de la labor desplegada por sus .fundadores Carlos Marx y Federico Engels.